

## NOTA BIBLIOGRÁFICA

JOSÉ CARRACEDO FRAGA (ed.), *Liber de ortu et obitu patriarcharum* (Corpus Christianorum, Series Latina CVIII E; Turnhout, Brepols 1996) 68\* + 132 p. ISBN 2-503-50510-4 / 2-503-50511-2

Por casi dos siglos el anónimo medieval latino *Liber de ortu et obitu patriarcharum* (= DOOP), se ha considerado una *recensio longior*, o revisión espúria, del *De ortu et obitu Patrum* atribuido a Isidoro de Sevilla. De ahí el poco interés que la obra había suscitado entre los estudiosos. A partir del estudio de R. E. McNally (*Der irische Liber de numeris: Eine Quellenanalyse des pseudoisidorischen Liber de numeris*, Diss. München 1957) sobre el también pseudoisidoriano *Liber de numeris* —en el que se puso en evidencia una estrecha relación con DOOP, no sólo en cuanto a la transmisión manuscrita, sino también en cuanto al contenido, estilo y técnica compositiva— este tratado parece ser “compuesto por un autor irlandés o por un autor que estaba formado y trabajaba en un centro irlandés o bajo influencia cultural irlandesa” (p. 10\*). Es la tesis que intenta confirmar “no sin pruebas suficientemente convincentes” el reciente editor de esta obra en el CCSL, J. Carracedo Fraga. La misma tradición textual, que el editor expone con detención y esmero en el apartado III de la Introducción (pp. 26\*-59\*; esp. pp. 42\*-57\*), ponen en evidencia no sólo el referido origen, sino también su transmisión textual. Ésta se produce a través de dos familias de manuscritos —cuyo arquetipo es copia de “una mano irlandesa o fuertemente influida por el sistema de escritura irlandés” (p. 10\*)—, que se expande “en un primer momento por dos áreas diferentes, pero ambas muy relacionadas con la misión irlandesa en el Continente”: la región de Baviera, con los escritorios de Mondsee o de Freising, y la región del alto Rhin, representada probablemente por la de entonces abadía de Murbach (p. 10\*; cf. la “Historia del texto”, pp. 55\*-57\*). Es decir, centros del Continente marcados por la presencia de *Scoti peregrini*. Respecto a la fecha de composición, el editor la sitúa en torno al año 780 (p. 55\*). Muy ilustrativos y relevantes a este respecto considero los ejemplos que presenta Carracedo, como características de la exégesis hiberno-latina medieval: la definición del apóstol y evangelista Juan como “río de aceite” (*Iohannis in mysteriis euangelii olei fluuius*, 48.1.14-15) y la expr. *furtum laudabile* para designar al evangelio de Marcos, en cuanto éste, por petición de la comunidad, iba escribiendo en secreto lo que Pedro predicaba de palabra (“quia quae Pe-

trus uerbo praedicauerat ipse in occulto `rogatus a fratribus´ scribebat”, 50.2.11-13): notable contraste con el tratado de Isidoro (*De ortu...*), en que fue Pedro mismo quien, en Roma, le fue dictando poco a poco a Marcos (“euangelium nonnulli a Petro Romae dictatum ferunt”, 82, 145). Pero también me parece decisiva la relación con Adamnán de Iona (624-704), abad irlandés, no sólo por la descripción de la sepultura de Adán, el primer personaje con que se abre el tratado (cf. p. 12\*), sino también por considerar a éste entre los patriarcas, aunque debe reconocerse que ya Jerónimo lo había hecho en cierto modo en alguna ocasión (cf. por ej., *Epist.* 107,4: *et omnis ab Adam patriarcharum series*). Además, yo añadiría otro argumento en favor del influjo irlandés: la relación que, a mi juicio, hay entre algunos puntos de este tratado con un texto de Gallus Hibernus [c. 550-645] (cf. *PL* 87, 19D-20A. 21D. 23C. 24A).

Entre las fuentes de este tratado —que el editor expone con claridad en la introducción (pp. 17\*-25\*)—, debe resaltarse, aparte evidentemente de la Biblia, no sólo la obra de Isidoro (*De ortu...*), cuyo influjo es manifiesto (cf. pp. 17\*-18\*), sino también la *Epíst.* 53 de Jerónimo y el opúsculo (traduc. latina de un original griego) anónimo *De ortu et obitu prophetarum et apostolorum*, para los profetas, y el *Breuiarium Apostolorum* (anónimo latino de finales del s. VI) y los *Acta* apócrifos, para los apóstoles. Fuentes estas últimas no diferentes a las usadas por Isidoro en su similar tratado. Por otra parte, para las interpretaciones etimológicas de los nombres, las *Etymologiae* de Isidoro y el *Liber interpretationis Hebraicorum nominum* de Jerónimo. Igualmente la *Historia ecclesiastica* de Eusebio, que el autor conoce por una traducción latina de Rufino, le han servido para ciertos “aspectos curiosos y problemáticos” (p. 21\*) de varios personajes del NT. Por otra parte, también aparece como fuente digna de mención la *Expositio euang. sec. Lucam* de Ambrosio de Milán, que también utilizó Isidoro: contundente es el paralelo que Carracedo establece (p. 21\*) a propósito de la interpretación de Lc 2,35 entre Ambrosio y DOOP (41.2). Igualmente interesantes son sus observaciones (p. 23\*) sobre el influjo de los *Prólogos Monarchianos* para la redacciones referentes a Marcos (59,1) y Lucas (52,2), así como el posible influjo del tratado de Jn de Agustín y el *Liber de ecclesiasticis dogmatibus* de Gennadio y del *Symbolum* del concilio XI de Toledo. Para el último capítulo (n. 65), sobre Pablo el Ermitaño, la fuente base ha sido, sin duda, la *Vita Pauli eremitae* de Jerónimo, como se reconoce expresamente en 65.1,1-4.

Tras la detallada descripción de los diez mss. (todos del s. IX, menos uno del s. VIII) y sus familias (pp. 26\*-38\*. 42\*-52\*) —para el tratado de Isidoro el número de mss. se remonta a 60— y la descripción de las ediciones (pp. 39\*-41\*) —cuatro en total, desde la *princeps* del 1485 a la de Faustino Arévalo de 1797, reimpresa en *PL* 83,1275-1294—, el editor establece con brillantez el arquetipo X (pp. 52\*-54\*). El muy elaborado *stemma codicum* (cf. p. 54\*), cuya precisión en la datación y relaciones entre los códices es realmente encomiable, permite al editor adoptar un criterio muy definido en la elección de los mss. básicos con que fijar el texto.

El tratado latino empieza *in medias res*, sin introducción alguna, y termina sin conclusión alguna. Naturalmente, el término "patriarca" se toma en sentido amplio, como es habitual en los Padres y escritores eclesiásticos medievales, especialmente latinos. Incluye no sólo a los "doce", sino a los personajes de mayor relieve en la Biblia. No es extraño por eso encontrar entre ellos a Adán, Abel, Job, los profetas, Juan Bautista, José y María, y hasta el mismo Jesús y los apóstoles, además de Esteban y el primer anacoreta Pablo el Ermitaño. Un total de 63 personajes. De ellos, en el tratado se describen los rasgos más sobresalientes –a veces buscando epítetos que, acumulados, se constituyen en verdaderas y largas letanías– con una extensión bastante desigual. La descripción mayor es la que se refiere a Jesús, obra del interpolador, según el editor.

De hecho, muy tempranas interpolaciones parecen haber existido en esta obra ya desde casi sus comienzos: "La rama de transmisión que situamos en los alrededores del lago Constanza y cuyo representante más significativo es el manuscrito *antiquior* de Murbach, *Colmar* 39, exhibe una larga interpolación sobre el misterio de la Trinidad y sobre la naturaleza divina y humana de Cristo en el capítulo 42.3-11, 39/244 y la adición al final... de un capítulo dedicado al anacoreta Pablo de Tebas (65 1-4). Tenemos que suponer que tales añadidos fueron incorporados... pocos años después de la redacción... en algún centro situado en el camino de difusión del opúsculo hacia la región del alto Rhin y relacionado con el movimiento de los monjes irlandeses por el Continente. Quizá ese centro debemos buscarlo no muy lejos de la abadía de Murbach, donde en el siglo VIII había un especial interés por el credo falsamente atribuido a Atanasio, cuyo texto en su versión más completa es insertado literalmente y casi en su totalidad por el interpolador en el capítulo 42" (pp. 15\*-16\*; cf. también p. 24\*).

En la estructura de cada capítulo se contienen por lo general conceptos análogos a los de Isidoro: nombre y etimología del personaje, genealogía, lugar de nacimiento, rango (*propheta, rex, apostolus, euangelista...*), cualidades redactadas a partir de expresiones generalmente bíblicas, glosándolas a veces o sintetizándolas en forma letánica, obras y hazañas, muerte y lugar de sepultura (cf. p. 17\*). Además, en los personajes a partir de Jesús se indica la fecha de las respectivas festividades, lo que, a mi juicio, puede servir de inapreciables criterios para concretar datos históricos, litúrgicos, locales, etc.

Si bien hay una neta división entre los personajes del AT y del NT, dentro de cada etapa es evidente que el autor no ha pretendido un orden rigurosamente cronológico: en lo que se refiere a los cuatro profetas mayores y a los doce menores (falta, sin embargo, Nahún, del que, además, no aparece ninguna referencia a lo largo de toda la obra) parece que el autor ha seguido el orden de los libros del AT. Tras los profetas menores se añaden otros de poco relieve (nn. 34-37). Es interesante observar la figura de Job entre las de José y Moisés (nn. 10-12; nótese que en Agustín, *Epist.* 147, 44,5, el orden "abraham, isaac, iacob, iob, moyses, michaeas, esaias"), como la

pareja Pedro y Pablo (nn. 44-45), inmediatamente tras la de Jesús y precediendo a todos los discípulos, apóstoles y evangelistas, un orden no fortuito, sino que, en mi opinión, responde con toda seguridad a una ideología de interés eclesial (nótese cómo el autor pone a Clemente Romano, papa, antes incluso que al evangelista Marcos). Tampoco parece que influyen los escritos neotestamentarios en el orden que en el tratado tienen los apóstoles-discípulos de Jesús (cf. Mt 10,2-4; Mc 3,18-19; Lc 6,14-16; Hch 1,13), aunque sí parece respetarse en cierto modo la posición de Andrés tras la de Pedro y antes que los demás. El orden de los apóstoles sigue, por el contrario, el del *Breuiarium Apostolorum*, una de las fuentes de este tratado (cf. p. 18\*). E importante también, y sorprendente, el último de la serie (n. 65), tras Esteban, y que Carracedo considera igualmente interpolado: "ille primus monachus solitarius et eremita", el anacoreta Pablo el Ermitaño (234-347), ciudadano de Tebas, denominado por el autor "Thebeus genere et Christi atleta", al que, además, se le da una importancia inesperada: su descripción tiene en esta edición 79 líneas de extensión, es decir, sólo lo superan las de Melquisedec (81 lín.) y Jesús (253 lín.), por lo que creo que se trata, al menos para el interpolador, de un personaje clave, paradigma del verdadero monje, el primer ermitaño de Egipto que atrajo la atención de numerosos seguidores e imitadores, un personaje que deberá tenerse en cuenta para ahondar en el origen y finalidad de este tratado, o al menos en su difusión tras las interpolaciones, posiblemente, en mi opinión, dirigido primordialmente al ámbito monacal, cuya forma de vida se intenta relacionar no sólo con la de los grandes personajes del AT, sino también proponerla como una expresión más de la vida cristiana. Es probable que el tratado intentara buscar las raíces bíblicas (las más eminentes, las de la línea patriarcal y profética), y su inserción en el mensaje cristiano, de la vida monacal. Naturalmente, la descripción de este último personaje tiene su base en la *Vita sancti Pauli* de Jerónimo (PL 23,17ss), muy discutida desde el punto de vista histórico, y en la *Vita Antonii* de Atanasio (PG 26,838ss), es decir, sobre s. Antonio Abad, al que se ve como compañero de aquél. Ambos personajes constituyeron el paradigma clásico, ideal, de la vida del desierto, y por extensión, de la vida monacal en general. Significativa es a este respecto la invocación al santo, con la que termina el libro (65.4, 77-79), la única en toda la obra. Debe notarse también que sólo los dos últimos personajes, Esteban y Pablo el Ermitaño, llevan el título de "sanctus".

Respecto a los patriarcas del AT creo conveniente observar que en este tratado el orden desde Abel hasta Job (nn. 2-11) es idéntico al que se encuentra en un autor contemporáneo, Ambrosius Autpertus [† 784], *Expos. Apoc.* (CM 27, ed. R. Weber, 1975), lib. 3, cap. (s. s.) 5, v. 1b, lín. 633ss: "Manum igitur Zara ex utero praemisit, quia uidelicet populus fidei et gratiae in Patriarchis sine lege iustitias fidei et gratiae operari coepit, in Abel scilicet, Seth, Enoch, Noe, Melchisedech, Abraham, Isaac, Iacob, Ioseph et Iob, et aliis qui illorum imitari potuerunt exempla". De este autor parece copiar literalmente otro de la misma época, Paschasius Radbertus [c. 790-860], *Ex-*

pos. *Matth. Lib. xii* (CM 56, ed. B. Paulus, 1984), lib 1, lín. 1307ss. Cuál sea la influencia de uno sobre otro, no es aquí el momento de dilucidarlo, pero no parece ser casual.

Tras la atenta lectura del tratado puede decirse que su autor, anónimo, se revela muy culto y avezado en el arte de escribir. Es improbable que hubiera sido ésta su primera obra. Prueba de ello es no sólo sus referencias escriturísticas y patrísticas, que manifiestan a un gran conocedor de la Biblia y de la literatura cristiana, sino también su preocupación por el estilo, la búsqueda de metáforas, paralelismos, sinónimos y antónimos, y su continuo equilibrio en la expresión sobria de las expresiones, además de su constante interés filológico que le lleva a buscar, para los nombres de cada personaje, equivalencias lexicales y de significado entre el latín y las lenguas griega y hebrea. El autor de DOOP no se conforma con copiar de sus fuentes, sino que las elabora con sumo cuidado, transformándolas en expresiones generalmente más afortunadas que las de sus fuentes. Ello revela a un autor de gran ingenio. Es probable que éste también sea el autor del pseudoisidoriano *De numeris*, como indica el editor, de acuerdo con McNally, "o, al menos, de un autor con una formación muy semejante que trabaja en el mismo centro y en el mismo momento" (nota 24, p. 14\*).

Quiero observar también que la obra no carece de detalles para el estudio de la lengua latina. Notable es, por ejemplo, desde el punto de vista léxico, el paso de la segunda declinación ("clauicularius", 44.2,9, que se encuentra con relativa frecuencia en la literatura patrística, cf. por ej., el contemporáneo de DOOP Paulinus Aquileiensis [ante 750-802], *Contra Felicen lib. tres*, CM 95, ed. D. Norberg, 1990, lib. 3, cap. 19, lín. 5: "Petrum accusas clauicularium regni caelorum, Paulo detrahes magistro omnium ecclesiarum") a la tercera ("claviculares", 57.1,3-4), formación de la que no encuentro otros testimonios (por ej. en los léxicos de Forcellini, Niermeyer, Latham, Blaise, Fuchs-Weijers-Gumbert, Bassols de Climent et alii, Maigne d'Arnis, etc.; no obstante cf. Du Cange).

Importante es también la presente obra para corroborar lecturas de crítica textual, u otros datos conexos, en la similar obra de Isidoro. Así, la expresión "praecepto populi" (48.3, 32, p. 65), copiada evidentemente, como otras muchas del mismo párrafo, del texto de Isidoro (*De ortu...* 71,3 [128], cf. ed. de C. Chaparro Gómez, *Les Belle Lettres*, París 1985, p. 207: "uiduam quoque praecepto populi suscitauit", *resucitó también a una viuda a instancias del pueblo*) confirma la *lectio difficilior* del texto de Isidoro, frente a las variantes de algunos mss. (*presentem* K, *prece* H, *praecem* ACG), que muestran haber entendido el sentido del término "praecepto" como *mandato u orden*, en vez de *recomendación o encomienda* ("aviso", "indicación", o mejor, como Chaparro traduce: "a instancias del pueblo", *ibíd.*, p. 206, n. 166). En recto sentido lo ha entendido el autor de DOOP, así como toda su tradición manuscrita, que sólo ofrece una variante ortográfica: *precepto* K. Es el sentido que el mismo verbo "praecipio" tiene con frecuencia. Los ejemplos son numerosos, pero baste citar uno clásico:

Cic. *Epist. ad Fam.* 1,8,2: "ut tute mihi praecepisti", como tú me recomendaste. No puede confirmarse, sin embargo, la variante isidoriana "reuocante anima" (*reuocata* CU), que sigue en el texto a la descripción de la resurrección de la viuda, dado que el autor de DOOP ha transformado la frase: "*et rediuuum iuuenis corpus reuocante anima reparauit*" (Isidoro, *ibíd.* 71.3) / "*et rediuuum cuiusdam iuuenis corpus in uitae statum reparauit*" (DOOP, 48.3, 32-33, p. 65). Se trata claramente de una corrección para una mejor inteligencia del texto: la expresión "in vitae statum" (+ *restituere, animare*, etc.) es más usual al tratar de la resurrección de un cuerpo que la expresión "revoante anima", de la que parece no existir ningún testimonio literario fuera de éste. En el mismo autor de DOOP se encuentra una expresión similar en 44.3,22, p. 59, al tratar de uno de los prodigios realizados por Simón Pedro: "paraliticis fluida [PL 83,1287A: "flaccida"] membra in proprium statum reparauit".

En cuanto a las referencias y alusiones bíblicas y patrísticas anotadas por el editor en los aparatos correspondientes en cada página al pie del texto, tengo que observar mi disconformidad con numerosos lugares, especialmente a partir de la descripción de Juan Bautista (§ 39.1) en adelante, y sobre todo en la descripción de Jesús (§§ 42.1ss). No son pocos los lugares que considero imprecisos, o incompletos, o lacunosos en las referencias bíblicas y patrísticas. En dos artículos recientes –y seguirán otros próximos– ya he expuesto algunos ejemplos, cf. *Estudios Bíblicos* 57 (1999) 711-734; *Alfinge* 11 (1999) 237-262.

La obra se edita con la pulcritud habitual de esta colección del CCh. Sólo he notado una errata: "tella" por "stella" (p. 44, lín. 2), cuya correcta ortografía puede verse, por lo demás, en el aparato crítico (cf también PL 83,1285C).

Cierran la obra cuatro índices, muy cuidados: bíblico (pp. 89-97), de escritores antiguos (pp. 98-113), de nombres propios (pp. 114-124; noto que falta "Aminadab" de 42.9, lín. 204, p. 54, personaje que juzgo importante para la exégesis de la frase) y de lugares (pp. 125-131), que ayudan a hacer de esta obra un útil instrumento de trabajo para el conocimiento y estudio del pensamiento cristiano y de la exégesis bíblica en la tradición latina medieval.

Á. URBÁN